

Juliana Hermil

Meditaciones breves

V.—ESA LIBERTAD



EDITÁBAMOS ayer * sobre un aspecto de la ética sexual. La libertad de las solteras nos parecía un resultado del alojamiento de los lazos domésticos que provoca el industrialismo moderno. A mayor actividad fuera del hogar corresponde una menor cohesión dentro.

Es probable que la colaboración femenina a la fabrilidad del mundo, acreciente la riqueza contada en circulante, pero al mismo tiempo disminuye la proporción de los matrimonios y de los nacimientos, es decir, del más noble capital con que cuenta la raza: el niño.

Se arguye contra esto que el descenso de la natalidad es compensado con el mayor número de sobrevivientes; es decir, que mientras las familias de antaño y algunas de hoy, alumbran diez, doce hijos o más, cuya mayoría fenece antes de llegar, siquiera, a la adolescencia, los vástagos de hogares menos numerosos, tienen

* Véase el número anterior de ATENEA.

muchísimas más probabilidades de crecer sanos y llegar a ser mujeres u hombres eficientes.

Lo grave es que los términos que en la realidad presenta esta ecuación sociológica son algo más complejos...

Es frecuente observar familias indigentes que, a pesar de todas las circunstancias adversas, conservan una dilatada progenie, y que en estos casos, cuando la madre está impelida a trabajar fuera, los niños crecen abandonados a todos los peligros de la calle y el vicio.

Esto, de un lado de la escala social. Del otro...

Recuerdo mi sorpresa, mi espanto casi, cuando en un congreso pedagógico al que concurrí en los Estados Unidos, una de las asistentes propuso la creación de *crèches* para niños millonarios. Me parecía entender mal. Ella explicó. Las madres, solicitadas por las innúmeras obligaciones de la vida social, no tienen tiempo de cuidar personalmente a sus vástagos. Entre dejarles—como hoy sucede—en manos de sirvientes o ayas ignorantes, ¿no sería muchísimo más provechoso crear asilos espléndidos, la última palabra de la higiene y el bienestar, a cargo de preparadísimas especialistas?

¡Qué índice de una civilización!—me decía yo—. Aquí, la madre pobre, bregando fuera de su casa, envidiando acaso a las adineradas la gloria de tener para sí a sus niños todo el día. Acá, la señora de la brillante sociedad, que no tiene tiempo para preocuparse de ellos.

¿Puede la humanidad soportar el fardo de las consecuencias durante muchas generaciones? ¿No estamos en un momento en que precisa abordar estos problemas del trabajo femenino y de su libertad, desde otros puntos

de vista? ¿Volver al pasado? Imposible. No está en la mano de ningún hombre, fuera él un nuevo Napoleón, revisador de códigos y hacedor de imperios. Hace falta que todos pensemos en estas cuitas generales y busquemos una fórmula que concilie los intereses de la comunidad con los del individuo.

En la actual literatura comienzan a aparecer libros firmados por mujeres en que el feminismo inicia su regreso. *La mujer frente a la vida* de Gina Lombroso es una elocuente y magnífica peroración en tal sentido. La ilustre doctora sabe por experiencia propia que hogar y profesión son dos amos a los cuales es muy difícil servir al mismo tiempo. *Cinco mujeres en una galera*, la novela de Suzanne Normand, exhibe con luces patéticas—acaso un tanto exageradas, pero verdaderas en el fondo—los resultados de esa libertad femenina que tan poco ayuda a hacerlas permanentemente dichosas ni a mejorar la calidad del mundo. La mujer principia a desencantarse de sus conquistas, de esas que tan lejanas y tan maravillosas aparecieron a sus abuelas, por la que tantas lágrimas sacrificaron sus madres. Cuando la niña soltera llega a la edad en que no se juega con la vida, en que acechan la vejez, el desamparo y la soledad, entonces su libertad no le parece tan apetecible; pero tampoco puede volver atrás...

¿Cuál va a ser el camino de nuestras hijas? ¿Qué podemos hacer nosotras para ahorrarles nuestras decepciones y nuestros fracasos? ¿Qué fórmula nueva va a resolver este problema que cada día se torna más presionante y más angustioso?